nunca feliz sino en tu patria, y yo seré desgraciado mirándote morir de tristeza. Mañana partirás para Constantinopla en union de Eufora, y mi fiel criado Libori te acompañará hasta Malta. Toma para que en tu país puedas ser completamente feliz. Osman sacó unos bolsillos y los puso en manos de Paquita. Los bolsillos contenian, oro, diamantes, topacios, esmeraldas y otras piedras preciosas.

Paquita, llorando de gratitud, se echó á los piés del turco, el cual cariñosamente la levantó, diciéndole: Sé feliz, hija mia; la felicidad es el mayor tesoro. Ni los caballos, ni las mujeres, ni el oro, me han hecho á mí feliz. Mañana me voy á viajar por la Rusia, y probablemente no nos volveremos á ver.

En el año de..... hubo una gran solemnidad en el monasterio de las Salesas de Madrid. Era la toma de hábitos de dos hermosas y ricas jóvenes que se decia eran viudas de dos comerciantes del Oriente. Todos sus bienes los dejaron á los pobres.—Una de las señoras dejó una fundacion de beneficencia en Málaga, y la otra..... la otra no era española, hablaba con mucho trabajo; y se decia que habia sufrido muchas aventuras y considerables desgracias.

UN VIAJE Á VERACRUZ,

EN EL INVIERNO DE 1843

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UN VIAJE Á VERACRUZ, EN EL INVIERNO DE 1843.

La casa de Diligencias.—Los Lagos.—El Camino.—Vista de Puebla.

QUERIDO FIDEL:

Luego que hube apurado el último trago de madera me despedí de O*** él se metió en la cama y yo me dirigí al dormitorio general, situado allá en el fondo de la casa de Diligencias. Este establecimiento, como sabe todo el mundo, está situado en el callejon de Dolores; que era antes, á pesar de que se halla en el centro de la ciudad, uno de los mas sucios y feos. Ahora se encuentran en él algunas casitas bastante aseadas, donde por lo regular hacen sus mansiones los hijos de la alegría, para que los *payos* y *extranjeros* no tengan que andar á tientas en esta clase de asuntos. Por lo demas, tal callejon tiene en la entrada una especie

de pórtico y sus *arriates* con árboles y flores, de uno y otro lado. Con verdad la casa de Diligencias de México podia ser mucho mas cómoda y digna de una negociacion tan vasta. Los cuartos solos son demasiado pequeños, y los dormitorios generales para los pasajeros, lo mas molesto que pueda imaginarse. En cambio hay un magnífico comedor, y en él una mesa redonda bien servida, y donde, salvo los inconvenientes que presenta la compañía de algunos comelones que suelen ocurrir, y que como agiotistas se absorben con extraordinaria presteza los manjares mas exquisitos, se observa todo el decoro y educacion que puede desearse. ¡Ah! ¿y el jardin flotante *d'apres*, un dibujo de los de Semíramis? Sériamente este terrado con sus barriles de naranjos y macetas de flores, no es del todo malo para tomar el fresco y una buena tasa de café en las tardes calurosas.

Mas vamos con mi cuento. Guiado por el *criado de guardia,* que llevaba una candela en la mano, el mal humor en su fisonomía y el sueño en su andar, vacilante *y flojizo,* entré en el dormitorio, y á fe que tuve que reir alguna cosa.

Un bárbaro, un cíclope, un cafre, un hotentote, *un demonio de la ruidera,* yacia acostado en un catre, roncando de una manera tan bronca y tan terrible, que se creian los rugidos de un leon, ó los truenos de un volcán próximo á reventar. Frente de él habia un viejo, en camisa y calzon de lana, flaco y seco como el Hidalgo de la Mancha, que de pié en su cama interrogaba al roncador:

—Vecino, vecino, ¿se lo están llevando á vd. todos los diablos?

El vecino roncaba mas fuerte.

—Vecino, despierte vd., ó va á morirse de pulmonía.

El vecino roncaba mas ténue.

—Así, vecino, quedito, siquiera nos dejará conciliar el sueño.

El vecino lanzaba un ronquido terrible.

—Maldita sea su estampa de vd., vecino, y una legion de diablos cargue con semejante animal.

—Tres horas hace, caballero, me dijo, dirigiéndose á mí con ademán ternísimo, que sufro la ruidera infernal de este hombre, y por supuesto no he podido pegar los ojos. ¿Que horas son?

—La una de la mañana, le contesté.

—Ahí tiene vd.; á las tres nos despiertan, y....

—Y como tengo experiencia, le repliqué, que casi siempre encuentra uno en estas posadas con un roncador, de ahí es que preferí charlar hasta estas horas con un amigo, y..... pero, ¿quiere vd. que despertemos á ese hombre?

—Cómo si quiero?

—Pues bien; finjámos un pleito vd. y yo, y caigámos sobre su catre, á ver si le rompemos la nuca.

—Hombre!

—A no ser que se conforme vd. con escuchar por dos horas mas esta música.

—No, con mil diablos: y esto diciendo, descendió de su cama y comenzó á decirme sendas majaderías: se las contesté; nos abrazamos; hicimos una ruidera

espantosa en el pavimento de tablas, y concluimos por caer sobre el catre del *roncador*.

Pensará el lector que hizo algun aspaviento? Pues no.... Se esperezó, entreabrió los ojos, se arrebujó en las ropas, se volteó del otro lado y siguió roncando.

El caso era para haberle dado un tiro en la mitad del cráneo. El viejo estaba frenético y tenia deseos.... Hubo de acostarse, y lo mismo hice yo.

Debe hacerse un elogio del colchon y de las almohadas, pues mas bien parecen de cantería que de lana.

Apagamos la vela, y entonces siguió el concierto mas infernal que pueda imaginarse. El roncador impávido recorria todos los tonos de la escala, desde el *dó* hasta el silbido mas agudo: los otros vecinos que se vanagloriaban de no roncar, se durmieron y hacian falsete á mi hombre: el viejo bilioso tambien concluyó por dormirse y roncar. Ya era un canto llano de canónigos acabados de comer; ya parecia una piara de cerdos alborotada; ya una porcion de matracas de Juéves Santo; ya una bandada de cuervos graznando. ¡Qué armonías! Qué semi-tonos! Qué *morendo* y qué *crescendo!*

Por supuesto, el ronquido del vecino del viejo sobresalia sonoro y enérgico: era el Galli de aquel diabólico concierto. ¡Dios mio, qué noche! Dieron las tres de la mañana y nos levantaron, por lo que bendije á la Providencia. De esta narracion, que parecerá vacía y frívola, sacará el lector una leccion; á saber: que cuando tenga que viajar en Diligencia, ó acuda á buena hora, ó mande separar un cuarto solo, pues en el

dormitorio general se pasa siempre, á poco mas ó menos, una noche tan agradable como la que acabo de referir.

Salimos al comedor: uno pidió chocolate; otro café; yo fuí de los que pedí té. Despues de media hora, me llevaron una tetera con agua caliente: la devolví; mas tres veces consecutivas hicieron lo mismo: así es que me resigné á tomarlo, esperanzado en que, como dicen las viejas, la agua caliente *abriga el estómago.* No obstante, en venganza, aconsejé á un extranjero que estaba junto de mí, que apuntara en su cartera de viaje lo siguiente:

«En la casa de Diligencias de México cobran por una taza de agua caliente, sucia, que tienen el atrevimiento de llamar *té*, la cantidad de *un real.*»

Todavía cargados de sueño y friolentos, estuvimos como una media hora en el patio de la casa, hasta que sonaron las cuatro en el reloj de la catedral.

Partieron: un coche para Querétaro, Guanajuato, Lagos y Guadalajara: otro para Cuernavaca; otro para Puebla, Jalapa y Veracruz; y otro para Puebla solamente, en el cual estaba yo instalado en la amable y desconocida compañía de nueve individuos, entre los cuales habia un párvulo y dos hembras. Es menester acuñarse pierna con pierna, brazo con brazo, espalda con espalda, pues de otra suerte no es posible ir en un carruaje de seis asientos, donde el empresario acomoda nueve gordos ó flacos, además del cochero y el postillon en el pescante, el correo y dos ó tres mas que suelen ir en el techo. Con todo, la Diligencia vuela y

hace jornadas hasta de cuarenta y dos leguas, ¡y en los caminos de México! No puede negarse que este establecimiento es uno de los mas útiles que hay en la República, y que el gobierno debia fomentarlo, activando la composicion de esos caminos, de esos caminos que sin duda por ironía se llaman así. Seria muy conveniente que el empresario introdujera ciertas reglas que darian por resultado la mayor seguridad y comodidad de los viajeros; por ejemplo, no poner caballos brutos ó mañosos, que volcan frecuentemente el carruaje; numerar los asientos, y dar á cada pasajero su billete numerado, para evitar el que á la hora de partir sea materialmente necesario tomar el asiento por asalto, y las disputas desagradables que por tal motivo se originan en el camino; establecer buenas y decentes posadas en los puntos del tránsito, donde se almuerza, come ó duerme; en fin.... termino porque mi exclusivo oficio no es consejero sino narrador, y narrando con fidelidad se deducirán sencilla y naturalmente los defectos de los caminos.

La Diligencia atravesó rápidamente las calles solitarias y silenciosas de la capital, y á poco estábamos en el barrio de San Lázaro. Los barrios de México tienen un aspecto tan chocante como singular. De dia se ven las calles sucias, sin aceras ni empedrados; las casas negruzcas, y muchas amenazando ruina; multitud de léperos, envueltos en sábanas ó sucias frazadas, están bebiendo en las tabernas, ó jugando á la *rayuela*: mujeres impúdicas y sin gota de vergüenza, recogiendo las basuras de los muladares; y muchachos desnudos revolcándose en la tierra y en el lodo como unos cerdos. Este cuadro chocante en que resaltan á competencia la holgazanería y la suciedad, no da por resultado sino las bandas de ladrones que infestan los caminos y asaltan muchas veces aun las casas de la ciudad, la multitud de mujeres públicas que recorren el centro, y el hábito de la indolencia y holgazanería en la juventud, que por otra parte posee inteligencia y viveza.

De muchos años á esta parte la policía, si es que puede llamarse policía, ó los corchetes que nombran *aguilitas*, cuyo oficio es extorsionar á los pobres indios, traficantes y *puesteras*, jamas se ha ocupado de cortar radicalmente los abusos de la ínfima clase del pueblo, que vive entre los inmundos albañales de los barrios de México; en recoger la multitud de hombres sin oficio que se levantan diariamente, sin mas arbitrio para mantenerse que el juego ó la rapiña; en obligar á que concurran á las escuelas lancasterianas á esas criaturas desgraciadas que nacen y viven en el seno de la miseria y de la corrupcion; en obligar á los dueños de fincas á que las mantengan en buen estado de servicio y aseo, para evitar las enfermedades consiguientes á personas que duermen entre los insectos y basura, respirando un aire corrupto y dañado. Estas cosas de tan fácil remedio, patentes y claras á los ojos de todo el mundo, no sé por qué no han ocurrido á los innumerables prefectos y gobernadores que México ha tenido en sus diversos sistemas de gobierno. El caso es que no hay extranjero que por primera

vez venga al país, que no señale estas faltas, y que como nosotros, no deje de lamentar tan imperdonable indolencia. Un empadronamiento exacto de la gente que vive en los barrios, y la imposicion á los dueños de fincas, de que dieran una noticia de las gentes que habitan en sus casas, evitaria la tranquila existencia de esos vagos, que servirian muy bien para destinarlos al ejército, con preferencia á esa gente sencilla y humilde, dedicada á las labores del campo, y que con agravio de la humanidad y de la filantropía vemos que enferma y agobiada de fatiga se envia á las costas á que sucumba con el vómito y la fiebre.

Por las noches, como toda esa abundante coleccion de pillos descansa y duerme en sus pocilgas, los barrios, como el resto de la ciudad, están silenciosos y solitarios; mas ese confuso hacinamiento de casas ruinosas y paredones, esos montones de basura, que llaman *muladares* y esas plazuelas lúgubres, forman un cuadro bastante triste, cuyos pormenores ya referidos alumbra diariamente la luz del sol. Para los barrios no hay progreso ni mejoras.

Afortunadamente ni nos asaltaron los ladrones en el barrio de San Lázaro, cosa que con mengua de la prefectura del centro y de los cinco mil hombres que guarnecen la capital, ha sucedido varias veces, y los guardas abrieron la garita con mas prontitud de la que les es genial, excepto cuando se trata de decomisar los quesos ó mantequillas de los míseros descendientes de Guautimoc y Moctezuma. Así, querido Fidel, ya nos tienes rodando por una calzada ámplia y pareja,

que va con direccion al Peñon-Viejo. A los lados, y con la débil claridad de las estrellas, solo podian distinguirse llanuras lóbregas, terminadas por la cordillera, que como unas altísimas murallas limitaban el horizonte.

Comenzaba á nacer el dia cuando llegamos á la posta del Peñon-Viejo.

El Peñon-Viejo era el lugar donde antiguamente habia aguas termales, y en el dia subsiste una casa bastante grande y un enorme peñon de tezontle (lava moderna), á cuyo pié hay algunas chozas y barracas de los trabajadores ocupados en labrar una cantera tan singular.[1] Por lo demas, es un sitio árido, á causa de los derrames del lago salado de Chalco, desabrigado, y donde constantemente soplan ya los nortes en el invierno, ya los sudestes en la primavera. Uncieron á la Diligencia un magnífico tronco de caballos bayos, y partimos como una exhalacion. Nada es mas elegante ni mas pintoresco que una Diligencia con buenos caballos, y corriendo á escape por una calzada plana y recta. Una línea anaranjada comenzaba á dibujar el horizonte, y varias nubes ligeras se pintaban levemente de grana y gualda. El ángel de la mañana, como dice nuestro poeta en prosa, D. Luis de la Rosa, sacudia sobre la tierra sus alas de rosa. Recogí una cortina de la Diligencia, y procuré ver estos divinos paisajes que se dibujan diariamente en los cielos á la salida de la

1 Todos los extranjeros han admirado las casas construidas con esta escoria volcánica; pero hoy ha perdido la ciudad uno de sus mas raros adornos, con haber blanqueado y enjarrado muchas casas de tezontle.

luz; paisajes religiosos que comunican al alma una dulce melancolía y un bienestar indefinible.

Me acuerdo que cuando viajaba Lamartine por el Oriente, y contemplaba la salida de la aurora en la popa del barco, tomaba su pluma y decia: «pintemos;» y el hombre tierno, poético y religioso, trasladaba al papel, por medio de los signos convencionales, que se llaman idioma, esos cuadros magníficos que todos los hombres comprenden con su corazon; pero que pocos pueden explicar. Así, si yo fuera Lamartine, te describiria un cuadro brillante y espléndido, de esos que dan en el mundo una idea del poder de Dios, y de la poesía con que reviste todas sus magníficas creaciones.

La Diligencia caminaba por un sendero algo estrecho, y bordado de una y otra parte de sauces, fresnos y perús: no se veia mas horizonte que el de los matorrales verdes y brillantes, con el trémulo rocío que como una lluvia de diamantes se desprendia lentamente al suelo. De improviso el camino torció por la izquierda, y entonces se presentó á mi vista el gigante volcán coronado de nieve. Detrás de él salia el sol: sobre la cima brillante de plata copella del rey de los montes, se elevaba un círculo inmenso de fuego y oro; y mientras por el éter azul se esparcian volando como los ángeles del sol las nubes de carmin y violeta, una ligera niebla que se levantaba del suelo dejaba ver esa sucesion de azules y verde-oscuro que forman las lomas y desigualdades del terreno. Al lado del Popocatepetl, la *mujer blanca*,[1] mas pequeña, pero con su

1 Iztaczihual.

cintura de plata, parecia como una maga reposando tranquila sobre los vellones de oro y de carmin, que trémulos y hermosos flotaban en los aires. No perdí de vista esta perspectiva encantadora hasta que llegamos á Ayotla, que es un pequeño pueblo donde se encuentran los corrales construidos con *órganos* y magueyes.

Todo este camino, desde que se pasa del Peñon-Nuevo hasta las cercanías de Ayotla, está practicado entre los lagos, y fué construido por los antiguos soberanos de México, para facilitar las comunicaciones entre la corte azteca y los reinos de Texcoco, Ixtapalapan, Chalco y otros, situados en las orillas de las lagunas de estos nombres. Nada hay mas bello ni mas pintoresco que estos lagos, que parecen colocados como de intento, para reflejar en sus cristales tantos pueblos esparcidos en sus orillas, tantas lomas de lapizlázuli y esmalte, y tantos sauces como brotan las amenas calzadas del valle de México.

Cuando yo pasé y eché una rápida mirada sobre los lagos, estaban tristes y sombríos; las aguas, algun tanto agitadas por el viento, estaban cenicientas; la niebla reposaba sobre estas llanuras líquidas y espaciosas de cristal, y las nubes que el sol empujaba al horizonte, cubrian el santuario de Guadalupe y esas pequeñas y coquetas colinas que posan ufanas en las orillas; mas en algunas estaciones del año son pintorescos é interesantes los lagos. Cuando el cielo está de un azul purísimo, el horizonte claro y el campo verde y florido, entonces es delicioso deslizarse en una *chalupita* lige-

ra, sobre esa superficie diáfana y tranquila. Ya pasan por los aires bandadas de garzas, que van á posar en el lago como las blancas azucenas del agua; y millares de patos, con sus plumajes verde-oscuro y oro, se zabullen y vuelven ufanos á la superficie sacudiendo sus alas tornasoladas; ya son las gallaretas, y las gallinas del agua, que como la mosca-pez, apenas rizan la superficie de las dulces olas. Entretanto la *barquilla* se desliza rápida y ligera como una alcion, y el viajero ve pasar ante sus ojos, con la rapidez del relámpago, las chozas, las torrecillas de las iglesias, los árboles, las blancas casas, los ganados, los cerros, todo como una vision óptica, como un sueño delicioso, como un cuento de las Mil y una Noches.

En ciertas estaciones del año la cacería de aves que se hace en los lagos forma un ramo considerable de comercio entre los indios que viven en los pueblos cercanos y los habitantes de México. Muy diversos modos tienen de cazar los patos; el mas comun es el de poner un mampuesto con tres ó cuatro líneas de esmeriles, repartidos gradualmente desde el nivel de la agua hasta la altura donde regularmente vuelan en el primer ímpetu los patos. Esta especie de máquina infernal se dispara á la vez, y muchas veces de un solo tiro resultan dos ó trescientos patos muertos por la nube de municion que arrojan esas armas.

Usan frecuentemente los indios otro modo mas ingenioso de cazar. Enhuecan una calabaza grande y se la ponen en la cabeza, abriéndole solamente unos agujeros para ver y respirar. Armados de esa suerte

se sumergen en el agua hasta el pescuezo, de manera que parezca que la calabaza flota en las aguas por casualidad. Los patos acostumbrados á esto, no tienen el menor susto, y lejos de inquietarse se agrupan á picotear la calabaza. Entonces el cazador con mucha destreza va tomando de uno en uno los patos por los piés, sumergiéndolos dentro del agua y atándolos á los hilos que de antemano tiene en la cintura. Continúa así por mucho tiempo su operacion, hasta que finalmente abandona el disfraz y sale á tierra con un cendal de aves.

Los lagos presentan hoy un espectáculo tranquilo. Surcados por *canoas tragineras*[1] que hacen el tráfico, cargadas de botas de miel, de tercios de azúcar, de cebada, paja, frijol y otros efectos; por chalupas pescadoras, y esparcidos en sus orillas pueblecitos agricultores y pacíficos, jamas turba la tranquilidad de sus aguas mas que el estallido de la escopeta de los cazadores, ó las canciones melancólicas y medio salvajes de los indios remeros.

En otros tiempos los lagos han sido testigos de escenas bastante trágicas y sangrientas.

Como sabe todo el que tiene medianos conocimientos en la historia antigua de México, esta ciudad, las de Texcoco, Chalco, Xochimilco, Tacuba, Coyoacan é Ixtapalapan, se hallaban fundadas en el seno de los lagos, y magníficas y grandes como eran, parecia que como por arte de encantamiento flotaban en las aguas

1 Llámanse canoas tragineras, las de *alto bordo*, que cargan hasta sesenta y cien quintales.

esas macizas y pesadas construcciones de la arquitectura mexicana. La comunicacion entre estas ciudades estaba establecida por medio de calzadas atrevidamente arrojadas en medio de los lagos, como inmensos y dilatados puentes; y por lo demas las canoas, piraguas y chalupas servian para atravesar las calles. Eran unas lindas y populosas ciudades flotantes, que solo la infinita barbárie de nuestros conquistadores pudo haber destruido.

Así, Hernan Cortés cuando se cercioró de que seria menester largos y sangrientos combates para asegurarse el tranquilo dominio de las fantásticas y poéticas ciudades de los lagos, se decidió á construir bergantines y embarcaciones de guerra, para pelear con tanto enemigo que se hallaba en plena posesion de esas aguas.

Trece bergantines fueron botados al lago, y aparejados con sus jarcias, velas, armas y demas cosas necesarias. En esta época, Moctezuma II, grande y magnífico monarca de los mexicanos, habia sucumbido, víctima de su debilidad, de las inconsecuencias y traiciones de los aventureros, y de la ingratitud y fanatismo de sus súbditos. El cetro del imperio habia recaido en Guautimoc, príncipe jóven, valiente, enérgico, celoso de la conservacion de la independencia y libertad de sus dominios. El estado de debilidad y abatimiento en que los mexicanos habian caido en los últimos dias de Moctezuma, habia desaparecido, sucediendo en cambio una actividad y una extraordinaria animacion en las medidas de guerra, que pusieron en gran conflicto á Hernan Cortés.

Era un dia diáfano y sereno del año de 1521, cuando aparecieron en los lagos los trece bergantines de Cortés, llenos de flámulas y banderolas, y flotando galanos como una parvada de *flamencos*.[1] Luego que los mexicanos vieron el aparato hostil de estas embarcaciones, aprestaron las suyas. Cuatrocientas canoas de alto bordo, tripuladas por lo mas selecto y escogido de la nobleza mexicana, formaban la vanguardia. Seguíanlas multitud de piraguas y chalupas pequeñas[2] De cada casa salia una embarcacion; cada señor tripulaba su chalupa con sus sirvientes, y cada sirviente era un soldado. Todos eran guerreros; y la nobleza, llena de vistosas plumas, de finos mantos de lana recamados de oro, y cubierta de pompa y de esplendor, era la primera en derramar su sangre en defensa de su patria. ¿Dónde habian aprendido estas ideas tan griegas, tan eminentemente patrióticas y civilizadas? ¿Las practicaban por instinto, ó una civilizacion anterior habia venido á este Nuevo-Mundo? Estos son misterios con que á cada paso se tropieza en el estudio de la historia antigua.

La escuadra española formaba una media luna, y las canoas mexicanas, cubiertas de flecheros, ocupaban un espacio considerable del lago. Las canoas, ignorando la resistencia material y el poder de los barcos, descargaron una nube de flechas y una lluvia de piedras sobre ellos, y arremetieron con tanto furor, que se pusieron á menos de tiro de pistola de sus enemigos, pro-

1 Pájaros muy grandes, blancos y de color de rosa.
2 Bernal Diaz asegura que pasaban de cuatro mil